

María Aldunate y Magdalena Vicuña, quienes cumplieron un importantísimo papel en el desarrollo de la vida musical del país.

Algo digno de ser destacado en este nuevo libro de Raquel Bustos Valderrama es su amplia bibliografía y la gran colección de fotografías que contiene. Estas permiten al lector conocer físicamente a un grupo significativo de las personalidades femeninas que circulan por las páginas de *Presencia de la mujer en la música chilena* de Raquel Bustos, un trabajo altamente informativo, ordenado y de fácil lectura, que no puede faltar ni en las bibliotecas de los especialistas, ni en las de los aficionados a la música de tradición escrita.

Fernando García Arancibia

Instituto de Chile, Academia Chilena de Bellas Artes, Chile

acchbear@ctcinternet.cl

Rafael Contreras Mühlenbrok y Daniel González Hernández. *Será hasta la vuelta de año. Bailes chinos, festividades y religiosidad popular del Norte Chico*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2014, xiv, 873 + 10 páginas sin numerar, ilustraciones, retratos, fotografías color.

Si bien había sido objeto de algunos estudios desde diferentes enfoques un fenómeno de tan amplia profundidad temporal, relevancia social y significación cultural como el de los bailes chinos del Norte Chico y la zona central de Chile, carecía de un estudio amplio, de intención exhaustiva y enfoque multidisciplinario como este que ha realizado un equipo de investigadores bajo la coordinación de los antropólogos Daniel González Hernández y Rafael Contreras Mühlenbrok (quien también es documentalista), y que ha publicado el Departamento de Patrimonio del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes del Gobierno de Chile. Se trata de un grueso volumen de casi novecientas páginas que cuenta con textos e imágenes de estos dos autores principales, a los que se suman como coautores Sergio Peña Álvarez (capítulos I, IX, XIV y XV), Agustín Ruiz Zamora (capítulo I) y Danilo Petrovich Jorquera (capítulos XVIII y XXI). En sus contenidos, que condensan los resultados de más de diez años de investigación, estudiosos procedentes de distintas disciplinas aportan una impresionante cantidad de citas de documentos históricos y de testimonios orales, la mayoría procedentes de los protagonistas de los eventos estudiados y recopilados durante el transcurso de numerosas entrevistas. El cuerpo principal de textos cuenta con una organización tripartita que, según explica Agustín Ruiz, responde a la intención de abordar, respectivamente, los aspectos básicos del sistema ceremonial (la “razón de ser”), el baile chino en cuanto fenómeno que lo articula (la “razón de hacer”) y las fiestas, de las que se analiza principalmente la agencia de las familias y comunidades en relación con la continuidad de las mismas y la pervivencia de un entramado social útil y solidario (la “razón de pertenecer”).

La primera parte, cuyo título es “Andacollo: fiesta, bailes chinos y devoción popular de un sistema ceremonial regional”, contiene una amplia introducción, con la presentación del objeto y sus temas asociados, intención y objetivos del estudio, estado de la cuestión, metodología empleada (fuentes, historia social, etnografía visual, observación participante, espacio concedido a la diversidad de voces, respeto por el habla del *insider* e incluso aceptación de los límites de la investigación), dimensiones o instancias de la perspectiva etnográfica (fenomenológica, descriptivo-comunicativa, testimonial), historia del proyecto y estructura del volumen, sin olvidar aspectos de reivindicación surgidos del compromiso social y político de los autores con quienes han sido sus interlocutores en el campo, lo que aproxima esta postura general a la etnomusicología aplicada.

Siguen varios capítulos (subdivididos en subcapítulos), el primero de ellos –“Génesis y desarrollo de un sujeto social y un culto popular: la fiesta de Andacollo y los bailes chinos”– está dedicado a “desentrañar la profundidad, magnitud y relevancia” de la organización de las hermandades para vincular su historia con “la producción de sentido cultural, tanto en la escala regional como local” (pp. 35-36). Además explicita algunas hipótesis y conclusiones acerca del origen, desarrollo y rasgos iniciales de esta manifestación. El estudio de los aspectos expresivos y la organización ritual de los bailes chinos comienza con una clara presentación de las cuestiones que se abordarán –precaución didáctica que se repite en muchos otros capítulos– e incluye las primeras descripciones detalladas de fenómenos como la “manda”, los *ex votos*, el milagro mariano fundacional, la etimología del “Pichinga”,

los detalles de vestimenta y los rasgos literarios y musicales de las canciones. Aquí se presentan las dos únicas transcripciones musicales del libro, a cargo de Agustín Ruiz y correspondientes a dos melodías con texto, en la primera de estas llama la atención la total ausencia de pausas. Figura además la descripción organológica de las flautas y coreográfica de las danzas y otros asuntos destinados a facilitar la inmersión del lector en el universo que irá descubriendo a lo largo de varios centenares de páginas y que se le presenta desde una perspectiva dinámica (se señalan algunos cambios en las tradiciones, por ejemplo). El capítulo contiene un extenso documento de un importante líder del baile y un primer apéndice documental acerca de las fiestas a la Virgen de Andacollo (otros aparecen más adelante, como parte del riquísimo patrimonio documental recopilado).

El siguiente, “Baile chino N° 1 Barrera de Andacollo: origen de una expresividad ritual”, aborda el segundo período histórico de los sincretismos originados por la cristianización de expresiones prehispánicas, para ello se apoya en numerosas citas de *insiders* que contribuyen a configurar una narrativa *emic*. Se trata de uno de los registros del libro que se repetirá en casi todos los capítulos pero es particularmente relevante en este, ya que incluye nueve testimonios de protagonistas de la tradición. En el que le sigue –“Baile chino N° 8 Andacollino”–, la magnitud del espacio ocupado por la transcripción de fragmentos de entrevistas a un jefe de baile chino lo convierte en un ejemplo de lo que se ha dado en llamar “etnotexto” (incluye su autobiografía y abundantes reflexiones de sus comportamientos –también los de otros danzantes– en relación con las tradiciones locales). La transcripción de los relatos documentados en el campo conserva la espontaneidad y frescura de la oralidad. Incluso se respetan modismos ajenos al DRAE (Diccionario de la Real Academia Española), que son escritos en cursiva para respetar a la vez las exigencias de las normas gramaticales y los rasgos del habla local o individual. Otros asuntos –históricos, socioeconómicos o de la relación tiempo-espacio– son abordados respecto del “Baile de Danza N° 5 de Andacollo”.

El Norte Chico y sus bailes chinos (segunda parte del volumen) incluye capítulos dedicados a estas danzas rituales en distintas localidades, como se advierte en sus títulos. En “Los bailes de La Higuera” es notable la combinación de datos artísticos e históricos así como el tratamiento de asuntos como el prestigio y valor de los jefes o la inclusión del relato de un milagro de la Virgen descrito mediante poesía. Otras cuestiones –como las promesas de los padres ante enfermedades de los hijos o las “exclamaciones reclamatorias”– son abordadas en “El baile chino de Santa Lucía (La Serena)”. Con precauciones metodológicas explicitadas por los autores, en “El baile chino N° 5, San Isidro de La Pampa (La Serena)” se tratan biografías, descripciones de tareas campesinas, funciones de familias y jefes, conflictos internos y sus efectos, la dinámica de fortalecimiento del sistema ceremonial, algunos peligrosos viajes emprendidos por los participantes y poesías populares de distintos períodos (comienzos del siglo XX, por ejemplo).

La combinación de perspectivas prosigue en “El baile chino Pescador N° 10 de Coquimbo”, donde datos históricos (como las repercusiones económicas del reconocimiento de Tesoros Humanos Vivos otorgado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes) y etnohistóricos (especificación *emic* de genealogías familiares) conviven con descripciones densas de bailes –su sustrato ideológico o el lenguaje de señas utilizado por los abanderados, por ejemplo– e instrumentos (función y estética de las flautas). También coexisten historia y etnografía interpretativa en “Limarí: su historia y sus bailes” y “El baile chino Tamayino N° 2 de Ovalle” (que incluye muestras del arte lírico repentista local, la reproducción de fragmentos de cuadernos manuscritos con un canto de 1927 y un listado de integrantes de bailes de chino y danza Tamaya. En “El baile chino Madre del Carmelo de Monte Patria” es particularmente evidente la aplicación de un enfoque inclusivo que da cuenta de documentos escritos de distintos períodos a la vez que reporta testimonios orales recogidos en el campo, sin que sea ya necesario diferenciar entre historia y etnohistoria (al menos en este apartado disciplinario el molesto prefijo desaparece) y donde algunas constantes –explotación, sometimiento, significación social, transformaciones– son deducidas de ambos tipos de fuentes, mientras que otras –sabiduría del campesino, riqueza métrica de las poesías, complejidad sonora de las flautas– proceden de los documentos literarios, musicales y coreográficos analizados. También el parámetro sociogeográfico es tratado; se pueden señalar, a modo de ejemplo, los rasgos diferenciales de estilo entre bailes de Andacollo y del Sur en “El baile chino de la Virgen del Rosario de Valle Hermoso (Valle de La Ligua)”.

La tercera parte lleva por título “El Norte Chico y sus festividades” y se centra en los eventos. A las fiestas de la Virgen del Rosario de Andacollo de Guayacán (Coquimbo), Niño Dios de Sotaquí, San Antonio del Mar de Barraza, Virgen de Las Mercedes de Tulahuén (Monte Patria), Virgen de la

Piedra de la Isla de Cogotí (Combarbalá), San Antonio de Yerba Loca y Carquindaño (Canela), Virgen del Carmen de Palo Colorado de Quilimarí (Los Vilos) y Virgen del Carmen de El Tebal (Salamanca) están dedicados sus respectivos capítulos. El que versa acerca de la fiesta de la Santa Cruz de Mayo de Illapel es otro caso de etnotexto, ya que, fuera de una breve presentación, está íntegramente dedicado al testimonio del protagonista Pedro Olivares, recogido a lo largo de varias entrevistas y conversaciones en su casa. En el comienzo del capítulo XVIII (“Voces del Choapa”), escrito en coautoría con Danilo Petrovich Jorquera y dedicado a proporcionar abundante información de primera mano mediante la transcripción de anotaciones, entrevistas y conversaciones, se detalla la metodología seguida durante el trabajo de campo y con humildad científica se reconoce que no ha sido posible permanecer durante mucho tiempo *in situ*, lo que no ha impedido a los investigadores respetar su intención de establecer relaciones de empatía y confianza mutua con los integrantes del sistema ceremonial estudiado. Este capítulo presenta sucesivamente la voz de otros responsables de bailes chinos (nuevo ejemplo de texto colaborativo).

Las palabras finales condensan la hermenéutica de los fenómenos abordados por parte de los autores principales, quienes, conscientes de la heterogeneidad del trabajo que publican, reafirman los principios que lo han guiado: la dimensión dialógica, el uso de las fuentes iconográficas como representaciones de la memoria, un nuevo concepto de lo popular en cuanto movimiento social. También los efectos de la “peonización” y proletarización minera de los habitantes de la región, la lucha acústica de las voces en el espacio sonoro (dentro del contexto del fenómeno de la hegemonización del sonido, del que se ha escrito en otras latitudes pero que los autores del libro relacionan con una suerte de sordera ritual por parte de los intérpretes de membranófonos asociados a los instrumentos “de sonido grueso”) o la influencia de la política de espectacularización impulsada por las instancias de gobierno, con sus aspectos de promoción de turismo, patrimonialización de fiestas, e incluso “carnavalización”, procesos a los que los autores adjudican incidencia negativa en los rituales tradicionales. En relación con este último aspecto, se detecta una suerte de empatía de los estudiosos con algunos de los entrevistados en materia de valoración de las mudanzas que se producen en la tradición, ya que estas son reputadas por unos y otros como factores de destrucción más que como inevitables componentes del devenir cultural. Sabemos que no existe continuidad sin transformaciones y que estos no siempre son del agrado del investigador entusiasta de una manifestación humana compartida durante períodos prolongados. En este sentido, más allá de la ya señalada aplicación de una perspectiva dinámica a cuestiones concretas, se echa en falta un mayor diálogo con los estudiosos que durante las últimas décadas vienen analizando los fenómenos culturales desde la perspectiva del cambio, lo que incluye el análisis de procesos actuales, como los mencionados en el párrafo anterior (espectacularización, multiculturalismo, patrimonialización, folclorismos, globalización, migraciones y diásporas, hibridación...).

También está muy presente en este capítulo conclusivo la consideración de lo religioso popular como práctica hegemónica, una cuestión que recorre el libro por medio de algunos de los testimonios de los informantes y de numerosísimas reflexiones de los autores. Un ejemplo flagrante es el tema del rechazo a la incidencia de la Iglesia católica, cuyos representantes, supuestamente, nunca abandonaron la actitud de prepotencia propia de una colonización religiosa generadora de constantes abusos de poder (al parecer, las relaciones con los protagonistas de los bailes chinos nunca dejaron de ser conflictivas). En este aspecto, los autores mantienen una visión crítica que no presenta matices ni salvedades y que expresan con juicios sumamente duros en muchos apartados del texto, si bien el lector puede inferir la existencia de otra actitud por parte de algunos clérigos en la lectura de datos concretos. A modo de ejemplo, cuando se señala que el deceso de un sacerdote implica un peligro para la continuidad de una tradición o se menciona la purga de los seguidores de la teología de la liberación efectuada durante el golpe de Estado de 1973. Si se hubiera intentado conceder la palabra a los representantes de la Iglesia del mismo modo que se refleja la de los jefes de bailes chinos y otros protagonistas de la tradición, el texto habría ganado en dimensión dialógica. Asimismo, la religiosidad precolombina es solo mencionada como precedente valioso, posteriormente mancillado al ser instrumentalizadas sus manifestaciones por parte de los representantes de la Iglesia. Esta visión estática y algo ingenua del pasado prehispánico habría requerido tal vez alguna matización por parte de los autores, si bien estos no abarcan los períodos históricos anteriores a la conquista europea. También se nota cierta idealización de la estructura social y el funcionamiento jerárquico de las comunidades, en particular la familia como núcleo fundamental del que se resaltan únicamente valores positivos en distintos puntos del libro.

Quizás se incremente aún más la dimensión dialógica de este trabajo en el futuro si se lo somete a la lectura crítica de los protagonistas de la tradición y se incluyen en una segunda edición sus comentarios, como hizo, por ejemplo, Steven Feld ([1982] 1990) en el caso de su libro acerca de los kaluli. Un volumen como el presente, de tanta riqueza documental y hermenéutica, registra, expone, reflexiona e interpreta, pero difícilmente se convierte en factor de continuidad cultural, si no recibe ulteriores aportaciones de aquellos destinatarios cuyos testimonios han sido reflejados en él y cuyas prácticas son objeto principal de sus contenidos. Es probable que esta posibilidad figure en la intención de los autores, quienes afirman en el párrafo final: “Dejamos de escribir, por ahora, y volvemos a la fiesta, a encontrarnos con los amigos y amigas” (p. 800). Si regresan con el libro bajo el brazo (o con unos cuantos ejemplares para distribuir y comentar con posterioridad), tal vez nos beneficiemos con una segunda edición incrementada en su carácter dialógico. Si ello implica aumentar aún más el número de páginas, tal vez convenga incluir los anexos documentales en un CD, un CDrom (en el que también figuren ejemplos sonoros y audiovisuales, lo que enriquecería en gran manera el contenido del trabajo) o incluso un *link* a una *web* (porque los ordenadores portátiles carecen cada vez más de lectores de estos soportes externos). Como ya se ha señalado, en esta versión en papel no faltan los anexos. Tras las palabras finales, por ejemplo, se presentan varios: listado de bailes chinos vigentes, índice de nombres, referencias cronológicas e índice de historias, además de la bibliografía y el listado de fuentes, seguido de los agradecimientos finales.

Es pertinente volver a destacar la importancia de contar en el libro con una apabullante mole de informaciones procedentes de distintas fuentes documentales escritas y de testimonios orales de los protagonistas de las tradiciones estudiadas. En este sentido, los autores han conseguido hacer realidad el enfoque tridimensional elaborado por Tim Rice ([1987] 2001) a partir de la fusión del modelo tripartito impulsado por Alan Merriam (1964), consistente en el estudio de los sonidos musicales, los comportamientos y los conceptos, con la observación formulada por Clifford Geertz ([1973] 1988) de que los sistemas simbólicos son construidos históricamente, mantenidos socialmente y aplicados individualmente. La propuesta de Rice, quien pregunta cómo se construye históricamente, se mantiene socialmente y se crea –y experimenta– individualmente la música, rescata tres dimensiones indispensables y complementarias de los fenómenos culturales (en este caso, musicales): etnográfica, histórica y biográfica. Si bien las disciplinas antropológicas, entre ellas la etnomusicología, nunca ignoraron del todo el estudio de la acción individual, e incluso en tiempos anteriores la musicología comparada elaboró panoramas cronológicos de distintos fenómenos, solo durante las últimas décadas se ha incrementado la producción de trabajos que combinen de manera armoniosa y –sobre todo– pertinente las tres perspectivas mencionadas. Por la calidad, variedad y calidad de informaciones de primera y segunda mano que contienen sus capítulos, *Será hasta la vuelta de año*, expresión conclusiva del presente volumen que los autores eligieron como su título principal, es un admirable exponente de la aplicación de tal enfoque.

Digno de mención es también el riquísimo apartado iconográfico, que permite al lector conocer representaciones de distintas épocas (en blanco y negro, sepia o color). Incluye figuras de danza, instrumentos musicales, estandartes, batidos de banderas, procesiones, grupos de danzantes y familiares, instrumentistas y detalles de ejecución, vestimenta, espacios interiores y exteriores en los que tienen lugar los eventos, imágenes religiosas, objetos cargados de simbolismo, elementos ornamentales, expresiones de devoción, ágapes compartidos, estampas religiosas, documentos escritos (cartas, listado de danzantes, poesías) y, tal vez lo más impresionante, infinidad de rostros y expresiones. Excelente es en este sentido el trabajo fotográfico de Manuel Morales Requena, que se suma a las ilustraciones aportadas por los dos autores principales del libro y de otras procedencias, así como a la dirección de arte a cargo de Soledad Poirot Oliva. También merece elogio el trabajo de edición científica llevado a cabo por Agustín Ruiz Zamora, que cuenta, entre otros, con el mérito de haber conferido unidad a materiales de distintos tipos y procedencias. Además, el lector puede disfrutar con los contenidos del libro sin tropezar con las erratas que podrían haber escapado a la atención de un editor científico en un volumen tan amplio de textos. Estos están maquetados de manera que facilita su lectura activa, con amplios márgenes en el papel, propicios para las anotaciones del lector. Es el mérito de Cristián González Sáiz y de los profesionales de Estudio Abierto, responsables del diseño y la diagramación, así como de Miguel Ángel Viejo Viejo, quien con el auxilio editorial de Aldo Guajardo Salinas se responsabilizó de la dirección editorial, producción y edición de textos.

Si bien no falta alguna transcripción musical (se han señalado las dos realizadas por Agustín Ruiz Zamora) en este apartado se echa en falta una mayor cantidad de información vinculada con el análisis

musical de los cantos, por ejemplo. En relación con los toques de las flautas, habría sido posible completar las abundantes informaciones organológicas y los datos sistemático-musicales con espectrogramas que proporcionarían, al menos, evidencia gráfica de un aspecto considerado de enorme relevancia para los *insiders* como es la vinculación entre sonido e identidad de cofradía o baile. Como otros investigadores de las disciplinas antropológicas, los autores rechazan el uso del término “informante” para referirse a las personas que les han proporcionado datos o con quienes han conversado. Si bien en muchos casos es más pertinente utilizar otro apelativo para referirse a la relación establecida en el campo (la literatura del sector contiene varios, como colaborador o amigo), no parece que las alternativas al vocablo anterior ganen en precisión semántica cuando se trata de señalar el acto específico de proporcionar datos, comunicar aspectos de la propia cultura o poner a disposición de otra persona los propios conocimientos y competencias. Ser informante no es una condición permanente, sino un rol circunstancial que todos pueden asumir cuando es necesario (el investigador incluido, cuando responde a preguntas o requerimientos de las personas que pertenecen a la sociedad cuyas manifestaciones estudia). Desde esta perspectiva, otorgar circunstancialmente el apelativo de informante a alguien de quien se reciben datos, relatos o explicaciones deja de constituir un acto de etnocentrismo o asimetría social, económica o cultural (Cámara de Landa 2012). Obviamente, son estos detalles que no empañan la meritoria labor de quienes asumieron la responsabilidad de llevar a cabo una empresa compleja, pero de beneficiosos efectos para el incremento y la difusión del conocimiento acerca de un fenómeno cultural significativo y relevante de la cultura chilena del pasado y el presente.

BIBLIOGRAFÍA

CÁMARA DE LANDA, ENRIQUE

2012 “¿Cuán humano es lo musical?: El diálogo insoslayable”, en Susana Moreno Fernández, Pedro Roxo, Iván Iglesias (editores). *Música e saberes en tránsito / Músicas y saberes en tránsito / Music and Knowledge in Transit*. Lisboa: Colibri. Edición en CDrom.

FELD, STEVEN

[1982] 1990 *Sound and Sentiment: Birds, Weeping, Poetics, and Song in Kaluli Expression*. [Publications of the American Folklore Society. New Series, 5]. Segunda edición (primera edición 1982). Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

GEERTZ, CLIFFORD

1988 *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa. Edición original: *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*. Nueva York: Basic Books, 1973.

MERRIAM, ALAN PARKHURST

1964 *The Anthropology of Music*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press.

RICE, TIMOTHY

2001 “Hacia la remodelación de la etnomusicología”, en Francisco Cruces *et al.* (editores). *Las culturas musicales. Lecturas de etnomusicología*. Traducción de Miguel Ángel Berlanga. Madrid: Trotta, pp. 155-178. Edición original: “Toward the Remodeling of Ethnomusicology”, *Ethnomusicology* XXXI/3 (otoño, 1987), pp. 469-488. Reedición por Kay Kaufman Shelemay (editora). *Ethnomusicological Theory and Method*. [The Garland Library of Readings in Ethnomusicology, 2]. Nueva York: Garland, 1990, pp. 329-348.

Enrique Cámara de Landa
Historia y Ciencias de la Música-Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Valladolid
engcamara@gmail.com